

les eso de arrebatarme como un grosero estudiante, ofendiendo á una persona á quien no conozco sin el menor motivo?

El barón pensó entonces que tal vez aquel hombre, al mirarle de aquel modo, cedía á la influencia del penoso contraste que entre sí ofrecían: él pobre, luchando quizás con angustiosas necesidades, mientras delante de sí veía á un joven jugador que amontonaba el oro. Compadecido al fin, resolvió buscarle al día siguiente, con el objeto de darle una satisfacción por las injurias que le había inferido, y quiso la casualidad que la primera persona con quien topará al salir de casa fuera el desconocido.

Acercósele el barón, excusóse de su dureza durante la última noche, y acabó por suplicarle que le perdonara; contestóle el desconocido que nada tenía que perdonarle: que ya sabía que era preciso dispensar muchas cosas al jugador atareado, y que por lo demás él mismo creía haber merecido los insultos que se le dirigieron, por su obstinación en ocupar un sitio desde el cual le estaría incomodando.

El barón, tomando de nuevo la palabra, repuso que existen á veces en la vida embarazos momentáneas que afectan penosamente á un hombre bien nacido, y acabó por darle á entender que pondría voluntariamente á su disposición una parte de la cantidad ganada y más si era menester, con el objeto de socorrerle.

—Caballero,—le dijo éste,—tal vez me habréis creído en necesidad, y esto no es cierto, pues aun cuando á decir verdad soy más pobre que rico, lo que tengo me basta para vivir modestamente, además comprenderéis muy bien que si tras de haberme ofendido tratarais de reparar la ofensa con una limosna, á fuer de hombre de honor, no podría aceptar una reparación semejante.

—Se me figura comprenderos,—repuso el barón,—y sabed que estoy dispuesto á daros la satisfacción que me exijáis, sea cual fuere.

—Oh, cielos!—exclamó el desconocido;—un duelo entre nosotros sería en extremo desigual, convencido de que vos lo mismo que yo no veis en esta clase de combates más que un aturdimiento de muchacho, ni creéis que un par de gotitas de sangre que manan de un pequeño rasguño en los dedos, basten para lavar una mancha inferida á nuestro honor. Sin embargo, comprendo que existan casos en que dos hombres no quepan juntos en el mundo, por más que el uno viviera en el Cáucaso y el otro á orillas del Tiber; pues las distancias desaparecen cuando la imaginación se fija demasiado en la existencia de un ser aborrecido; entonces el desafío decide cuál de los dos debe ceder al otro un sitio

en este mundo, y por lo tanto, el duelo se hace necesario. Entre nosotros, en cambio, sería lo más desigual; pues mi vida no vale lo que la vuestra, ya que si os mato, destruyo junto con vos todo un mundo de esperanzas, mientras que si yo sucumbo habréis puesto fin á una existencia miserable y acosada por terribles recuerdos. Pero dejemos esto, que aquí lo esencial es que no me considere como ofendido: vos me rogásteis que me marchara... y me marché, ni más ni menos.

El acento del extranjero al pronunciar estas palabras revelaba un sentimiento contenido, y esto dio lugar á que el barón renovara sus disculpas y dijera que sin saber por qué, su mirada le turbaba de tal modo, que en vano intentaba sostenerla cuantas veces lo probaba.

—Ojalá,—dijo el desconocido,—que mi mirada, si tanta influencia ejerce sobre vuestro corazón, logre apartaros del peligro que os amenaza! Con el ánimo alegre y sonriente habéis llegado al borde de un terrible abismo: un pequeño golpe puede precipitaros en él sin remisión, pues he observado que estáis en camino de llegar á ser un jugador desenfrenado.

El barón aseguró al extranjero que se engañaba por completo; contóle los motivos que le habían inducido al juego, y que todo su deseo se cifraba en perder algunos centenares de luises, para no acordarse más de los naipes; pero que hasta entonces á pesar suyo, la suerte le había favorecido.

—Ah!—exclamó el desconocido;—esa buena estrella es el cebo más incitante y engañoso de que se vale el infierno para perdernos. La suerte con que jugáis, los motivos que os han arrastrado hasta el tapete verde, y vuestra conducta, una vez entablada una partida, revelan claramente el creciente interés que os inspira la baraja, y todo ello me recuerda muy á lo vivo el espantoso destino que cupo á un desdichado, que se os parecía infinito y que empezó también del mismo modo. Este es el motivo de que os estuviera contemplando, quieras que no, y de que apenas pudiera contenerme de revelaros el significado de mis miradas. Cuántas veces tuve en la punta de la lengua:—«Alería, joven, que el espíritu malo tiende sobre vos sus garras, ansioso de arrastraros al precipicio!»—Vivamente deseaba conoceros, y ya que lo he logrado, oid la historia de aquel infeliz de quien acabo de hablaros, y quizás os convenceréis de que no es una vana quimera de mi invención este afán por arrancaros á un peligro inminente.

El extranjero sentóse junto al barón en un solitario banquillo, y empezó su relato en estos términos: